



FOTO: Archivo Particular

## ¿ALIANZAS?... ¿A SON DE QUÉ?

En la Colombia de hoy, donde la polarización ha sido rentable y la indignación un insumo electoral, las alianzas políticas parecen más un cálculo de supervivencia que un proyecto de país.

*Esta semana, Luna, Cárdenas y Galán tres figuras que en otros tiempos representaron matices distintos del espectro político insinuaron una posible coalición rumbo a 2026. A ese movimiento se suman nombres como Vicky Dávila, Marta Lucía Ramírez, Peñalosa, Felipe Córdoba, Zuluaga y Palacios.* En total, una decena de dirigentes que ahora exploran la posibilidad de unirse bajo el rótulo de “centro-derecha”.

**¿alianzas a son de qué?**

Porque si la política es el arte de sumar, no basta

con agrupar nombres o recoger adhesiones estratégicas. La verdadera suma se logra cuando detrás de los pactos hay una visión compartida, un horizonte claro, y una coherencia ética que aguante el escrutinio ciudadano.

*Hoy, sin embargo, la palabra “alianza” se ha vaciado de contenido. Se volvió un recipiente hueco donde se mezclan ambiciones viejas, cálculos apurados y pactos que nadie se atreve a defender de frente.* Lo que antes significaba un acuerdo programático hoy es, demasiadas veces, un disfraz para esconder intereses personales; un atajo para llegar al poder sin pasar por el filtro más difícil y más noble de todos: la confianza ciudadana.



FOTO: Semana

Peor aún, muchas de estas alianzas nacen del miedo, no del proyecto. Del temor a quedarse por fuera del juego, no de la convicción de construir un país distinto. Y ese origen arbitrario se siente, se percibe, se huele. Por eso el mensaje que termina filtrándose hacia la ciudadanía es profundamente cínico: **“Nos juntamos porque solos no podemos ganar, no porque juntos sepamos qué hacer”**.

Ahí está la fractura, el ruido, la incoherencia. Porque una alianza sin visión produce campañas sin alma; una coalición sin propósito produce gobiernos sin rumbo. **Y Colombia ya vivió demasiado tiempo bajo la lógica del “quítate tú para ponerme yo”. El país está exhausto de pactos que solo buscan sumar votos, pero jamás sumar soluciones.**

En La Guajira lo sabemos mejor que nadie: **las alianzas sin ética han sido la puerta trasera por donde entraron los clanes, las improvisaciones, las promesas rotas. Aquí aprendimos a punta de golpes que unirse “para ganar” nunca basta. Lo que importa es unirse para transformar.** Y eso es justamente lo que hoy escasea:

liderazgo con propósito, acuerdos con visión, coaliciones que se atrevan a decir no solo para quién quieren gobernar, sino para qué.

En Riohacha, cada elección trae la promesa de cambio, pero cada alianza termina siendo más de lo mismo: **burocracia compartida, cuotas divididas, y ciudadanos excluidos. Aquí, como en muchos lugares del país, lo que se necesita no es una alianza entre políticos, sino entre causas, entre regiones, entre generaciones.**

La verdadera pregunta es: **¿alianzas para transformar o para sobrevivir?**

Una palabra que nace del corazón de la incoherencia política en Colombia es precisamente esa: incoherencia. Prometer lo nuevo mientras se pacta con lo viejo. Hablar de cambio mientras se acuerda con quienes han resistido toda transformación. **La incoherencia no es un error, es una estrategia. Y en La Guajira la conocemos bien: se ve en el agua que no llega, en la energía que cuesta el doble, en la educación que se terceriza, y en la corrupción que se recicla.**

***Pero no todo está perdido.***

Colombia empieza a mostrar señales de madurez política. Las encuestas recientes reflejan una ciudadanía que ya no se deja seducir tan fácilmente. ***Casi la mitad de los colombianos no se identifica con ningún partido político, y el rechazo a los extremos es cada vez más evidente. La gente quiere menos discursos y más resultados; menos peleas y más acuerdos.***

Y por eso este es el momento para una alianza distinta: ***una entre ciudadanos comprometidos, territorios olvidados y liderazgos que se construyen desde abajo.***

Una alianza sin grandes maquinarias, pero con grandes convicciones. Una que no se firme en clubes sociales, sino en universidades, plazas y redes de confianza. Una que no busque cargos, sino causas.

***Porque en 2026 no se trata de elegir entre dos***

***males. Se trata de imaginar el bien posible. Un país menos gritón y más justo. Más técnico, más empático, más decente.***

Desde La Guajira, soñamos con una Colombia que no se rinda a la incoherencia, sino que la desenmascare y le apueste a la coherencia.

***Una Colombia donde las alianzas no se expliquen por los votos que suman, sino por los sueños que despiertan.***

***Una Colombia donde la política vuelva a ser un acto de sentido.***

***Y desde ya, en cada rincón del país, debemos hacernos una sola pregunta:***

***¿A quién sirve esta alianza? ¿Al país o al poder?***

***Porque de esa respuesta dependerá no solo el resultado del 2026, sino la posibilidad de que, por fin, este país se reconcilie consigo mismo.***

